

Vocación teórica y vocación política en Ortega

Author(s): Julián Marías

Source: *Revista Hispánica Moderna*, Año 31, No. 1/4, Homenaje a Ángel del Río (Jan. - Oct., 1965)
, pp. 296-302

Published by: [University of Pennsylvania Press](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/30206999>

Accessed: 19-12-2015 02:04 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



University of Pennsylvania Press is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Hispánica Moderna*.

<http://www.jstor.org>

VOCACIÓN TEÓRICA Y VOCACIÓN POLÍTICA EN ORTEGA *

Si se estudia con algún cuidado el conjunto de la producción de Ortega en los primeros años de su actividad literaria, es decir, teniendo en cuenta los artículos que nunca reunió en volumen, y se la ordena cronológicamente, saltan a la vista algunos caracteres reveladores de una trayectoria muy compleja. Hay una variación muy significativa en la cuantía de su obra de escritor, en las formas literarias que cultiva y en los temas de que se ocupa. Esta irregularidad en la fluencia literaria de Ortega no es exclusiva de sus primeros años, sino que persiste, incluso intensificada, a lo largo de toda su carrera de escritor.

Desde 1902, en que publica su artículo primerizo, «Glosas», hasta 1907, Ortega escribe muy poco: la tesis doctoral *Los terrores del año mil* y poco más de una docena de artículos breves. Solamente en 1908 escribe más que en los seis años anteriores. 1909 es otro año de «estiaje» literario. Los años 1910 y 1911 vuelven a ser muy fecundos. La producción decae nuevamente en 1912 y 1913. En cuanto a 1914, es el año decisivo de la juventud de Ortega, como ya he mostrado: es el año del extraordinario «Ensayo de estética a manera de prólogo», de *Vieja y nueva política*, y, sobre todo, de las *Meditaciones del Quijote*; con otras palabras, es el momento en que, tras los preludios de 1908 y 1910 —«Adán en el Paraíso»—, Ortega se convierte en un escritor filosófico.

Sin embargo, el año siguiente, 1915, extraordinariamente prolífico, presenta un cambio en la trayectoria que parecía anunciarse: Ortega no escribe ningún libro nuevo, ni continúa las iniciadas *Meditaciones*, y parece abandonar los temas estrictamente filosóficos: en lugar de esto, escribe algunos ensayos sobre viajes y, principalmente, muchos artículos políticos. Pero esta tendencia, a su vez, cede en los dos años siguientes, para reaparecer a fines de 1917 y en 1918; después, dos años de mínima producción, 1919 y 1920. El trienio 1921-23 está enmarcado por dos libros importantes, los primeros desde las ya lejanas *Meditaciones del Quijote: España invertebrada* y *El tema de nuestro tiempo*; los acompañan ensayos filosóficos y literarios, algunos artículos políticos. El año 1924 y el siguiente están dominados por los temas de arte y literatura, con un punto de vista crecientemente filosófico: de *Las Atlántidas* a *La deshumanización del arte*. La política se hará menos frecuente, salvo ciertos períodos muy precisos: en 1927-28, la larga serie de artículos que compusieron *La redención de las provincias*; en 1931-32, los correspondientes a su participación en la política republicana, reunidos casi todos en *Rectificación de la República*.

Esta simple comprobación muestra que en Ortega conviven dos vocaciones bien definidas: la vocación teórica y la vocación política. Que ésta sea también teórica en la inmensa mayoría de los casos, que en todos ellos esté condicionada por su condición de filósofo y hombre de teoría —es decir, por un espíritu de veracidad— no debe oscurecer ni mitigar el profundo interés prestado por Ortega

* Estas páginas que anticipo en homenaje a Ángel del Río son un fragmento del volumen II, en preparación, de mi estudio *Ortega*. Se han omitido las notas.

a los temas políticos. Esto se puede deplorar o alabar; pero lo que importa es no perderlo de vista. Es fácil pensar que ciertos «retrasos» en la obra de Ortega, que han comprometido, incluso definitivamente, la realización de partes importantes de ella, se hayan debido a su preocupación política, a la atención dedicada a estas cuestiones. Cabe imaginar que si Ortega no hubiese sido nada político, se hubiera realizado más pronto o más completamente como filósofo.

No es seguro, sin embargo. Si las ideas nacieran de las ideas, la cosa sería clara; en ese caso, la concentración del trabajo intelectual sobre los temas sería suficiente; y no habría inconveniente excesivo en pensar que una acumulación adecuada bastaría para abreviar las etapas de una trayectoria intelectual, e incluso que se podría anticipar, dadas ciertas condiciones favorables, el pensamiento de la época siguiente. Pero al llevar esta idea a su extremo se descubre su falacia: las ideas no nacen de otras ideas, sino de situaciones vitales complejas, uno de cuyos ingredientes son ciertas ideas. No podemos anticipar la filosofía de mañana, porque el mañana no está ahí. En la vida individual acontece algo análogo: las ideas surgen de una situación vital íntegra, no sólo intelectual o ideológica; por eso se ve con tanta frecuencia que cuando un hombre decide no hacer sino «su obra», desentendiéndose de todo lo demás, al final resulta que no lo hace, porque precisamente debería haberse nutrido de todo eso que ha excluido de su interés, que hubiera sido la sustancia de su vida, desustanciada por esa presunta dedicación exclusiva. Parece muy verosímil que la obra filosófica de Ortega reclamara, para realizarse, una atención a la política —y a tantas otras cosas— que ciertamente no rehuyó. No quiere esto decir que no sean posibles formas de dedicación más unitaria y exclusiva; pero la cuestión es en qué circunstancias acontece una u otra cosa.

Ortega, en plena juventud, tuvo conciencia del problema. «En otros países —escribió en 1910— acaso sea lícito a los individuos permitirse pasajeras abstracciones de los problemas nacionales: el francés, el inglés, el alemán, viven en medio de un ambiente social constituido... Entre nosotros, el caso es muy diverso: el español que pretenda huir de las preocupaciones nacionales será hecho prisionero de ellas diez veces al día y acabará por comprender que para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar es España el problema primero, plenario y perentorio». Y un cuarto de siglo más tarde, dirigiéndose a los alemanes y después de decirles, sólo a medias en broma: «Yo tengo que ser, a la vez, profesor de la Universidad, periodista, literato, político, contertulio de café, torero, 'hombre de mundo', algo así como párroco y no sé cuántas cosas más», agregaba: «Nada me hubiera sido más fácil, instalado en una cátedra desde los veinticinco años, que imitar la existencia de un *Gelehrte* alemán. Sin embargo, comprendí desde luego que mi destino era completamente el opuesto». Y tras citar el viejo párrafo que acabo de recordar, añadía aún: «Mi destino individual se me aparecía y sigue apareciéndome como inseparable del destino de mi pueblo».

Y todavía había algo más, y que miraba esta vez hacia la teoría. «Debo declarar —confiesa Ortega— que en el fondo me quedaba otra cosa, pero no me atrevía a declararla y menos ante un público que no la hubiera entendido. En efecto, yo *sentía* ya entonces que en la ciencia alemana y en la existencia del *Gelehrte* alemán había, junto a sus espléndidas virtudes, un grave error, una desviación de la alta higiene vital: precisamente esa despreocupación de su contorno inmediato, esa tendencia a vivir en el 'ninguna parte' de la ciencia, como si la ciencia por sí

constituyese una tierra, un paisaje donde el esfuerzo intelectual pudiera hundir sus raíces».

Los años de estudio en Alemania alternan con períodos de mayor actividad literaria, durante las estancias de Ortega en España y, sobre todo, después de regresar a ella. A su vez, los escritos de tema intelectual —los únicos ampliamente conocidos— alternan con otros que se refieren a cuestiones primaria o exclusivamente políticas. Es menester aproximarlos, atender ahora a estos artículos primerizos en que Ortega parecía dejar de lado su condición de filósofo para tratar de política. ¿La dejaba de verdad? Es menester intentar reconstruir el «argumento» de la posición política de Ortega antes de cumplir los treinta años, antes de lo que he llamado «darse de alta».

«Los poetas son incorregibles. El número del *Mercurio de Francia* que apareció en septiembre de 1793, cruenta fecha de las matanzas, comenzaba con una poesía titulada: 'A los manes de mi canario' ».

Así terminaba Ortega un artículo, «Poesía nueva, poesía vieja», publicado en el *Imparcial* el 13 de agosto de 1906. Reprochaba a los poetas españoles de los últimos diez años haber vivido fuera de la realidad española. «Un río de amargura ha roto el cauce al pasar por España y ha inundado nuestra tierra, seca de dogmatismo y de retórica: empapada está la campiña y siete estados bajo ella de agua de dolor. Dentro de esa amargura étnica han permanecido los poetas como 'las madreperlas' —según habla San Francisco de Sales— que viven en medio del mar sin que entre en ellas una sola gota de agua marina. ¿Qué han hecho en tanto? Cantar a Arlequín y a Pierrot, recortar lunitas de cartón sobre un cielo de tul, derretirse ante la perenne sonatina y la tenaz mandolinata; en suma, reimitar lo peor de la tramoya romántica». ¿Querría acaso Ortega que los poetas hiciesen otra cosa que poesía, que discutiesen de problemas políticos, sociales o económicos? No se entendería bien su intención si se pensase esto; acaba de poner como ejemplo de arte con una intención «sobreexistencial y salvadora», como «una actividad de liberación», ya que «todo arte tiene que ser trágico», el «Epílogo» con que termina el libro *Los pueblos* de Martínez Ruiz. ¿Cabe nada —se pregunta Ortega— más sencillo, más esbelto, más somero y de mayor imaginativa continencia? ¿Cabe nada más castizo también? Allí no pasa cosa alguna y, sin embargo, llega entre los renglones desde una lejanía ideal el rumor de la Muerte que habla con su cortejo el Olvido». La tentación es escapar a la realidad, escapar al destino. Se puede hacer, como Azorín, mero arte literario, con tal de que brote de una auténtica realidad no suplantada. El peligro es la abstracción, la huida de la circunstancia, que es la huida de uno mismo. Si no me engaño, ésta es la actitud que empujó al joven Ortega a los temas políticos. Porque la política es siempre momentánea, circunstancial en el sentido más estricto; cuestión de oportunidad. El hombre que se enfrenta con la realidad política —no el que maneja «doctrinas» o utopías—, tiene los pies en el suelo; con lo cual, claro está, no se ha dicho adónde los lleve ni cómo use la cabeza. Ortega se sentía seguro acaso de la suya, pero había visto el tremendo peligro que acechaba al *Gelehrte* alemán.

Esta es la segunda parte: el papel de Alemania en la vida y en la obra entera de Ortega. Me he ocupado ya con detalle de lo que fue para él el pensamiento alemán. Ahora hay que detenerse en otro aspecto de la cuestión: la realidad alema-

na. Ortega fue, sin duda, a buscar Universidades y filosofía. Encontró ambas cosas, sí, pero no sólo eso; ni fácilmente. «Yo fui a Alemania —escribió en 1908— para henchir de idealismo algunos tonelillos, y nunca olvidaré los trabajos que me costó dar con el manantial». Encontró, sobre todo, y antes que toda otra cosa, un país distinto al suyo, en el cual *vivió*; hizo la experiencia de *otra sociedad*, con una estructura diferente, que le descubrió la suya; la perspicacia de Ortega respecto de España fue posible porque la sociedad española se le revelaba bajo la influencia de la imagen de la sociedad alemana a la vez que comprendía ésta en virtud de aquélla. Ortega no es un provinciano recluido en su mundo privado, ni tampoco un «viajero» tangencial; vivió en Alemania, en sazón de suficiente madurez intelectual y todavía con plena porosidad; hizo la experiencia real del país, no reducido a ambientes irreales, como el «mundo» diplomático —el gran fallo de Valera— o la «sociedad» que solían frecuentar los aristócratas que salían de España. Por esto se advierte, quizá con sorpresa, que a la «preocupación de España» en Ortega le sobreviene desde muy pronto una extraña peripecia: en lugar de ser su remedio, antídoto o acaso panacea Europa, desde muy pronto la acompaña una desconocida «preocupación de Alemania», que termina por dilatarse en general preocupación europea.

Ambos estímulos lo conducen a la concreción, a la más rigurosa circunstancialidad, cuya expresión —quizá no más que eso, pero no es poca cosa— es la política. Veremos cómo su pensamiento, cuando se mueve en ella, opera estrictamente condicionado por la presencia de Alemania, no como repertorio de doctrinas, sino precisamente como conjunto de problemas, lo cual lleva a la convicción de que no hay soluciones «hechas», sino que hay que enfrentarse con las cuestiones aquí y ahora, sin abstracción ni escape. Por eso, en las meditaciones políticas de Ortega aparecerá con tanta frecuencia el viejo dicho: *Hic Rhodus, hic salta*.

El primer artículo político importante de Ortega es de 1907; se titula «Reforma del carácter, no reforma de costumbres», y se refiere a las reales órdenes del ministro Juan de la Cierva, que trató de mejorar, desde el Ministerio de la Gobernación, las costumbres de los españoles, estableciendo limitaciones a las tabernas, regulando la prostitución, etc. La reacción de Ortega es sumamente negativa y amplia; envuelve toda la política dominante, en particular la del partido conservador, y toda una concepción de lo que es un pueblo. Germina en este artículo una actitud sociológica que desde los veinticuatro años hasta el final de su vida irá madurando en la mente de Ortega y constituirá uno de los nervios de su pensamiento.

El primer reproche que Ortega hace a la política representada por las disposiciones de La Cierva es su extranjerismo: «Cuando media España pregunta: ‘¿Cuáles son las buenas costumbres?’, responde la otra media: ‘Las costumbres de Alemania, las costumbres de Inglaterra’... En el prólogo a la real orden nos dice el Sr. La Cierva que quiere ‘ejercer la provechosa influencia comprobada en otros países’. Lo de siempre: un siglo llevamos trasplantando a España todas las tonterías de Francia, de Inglaterra, de Alemania y ninguna de sus corduras; porque son estas corduras genuinamente francesas, inglesas o alemanas y por tanto, intrasplantables. Lo que vale en estos pueblos es el carácter; las costumbres son diferentes».

Este es el núcleo de la idea de Ortega: reformar las costumbres es absurdo; la costumbre es el resultado de la reacción del carácter al medio vital; reformar el resultado no tiene sentido. Prohibir una costumbre, es como prohibir los terremotos. «Una ley contra una costumbre no es ley, sino pragmática. Sólo cuando la costumbre y el ideal duermen una noche juntos, queda la justicia encinta y nace la ley». Lo reformable no es el producto, sino sus factores; es decir, el carácter. «La ley justa es siempre reforma: de otro modo será revolución o un golpe de Estado, según quien la dicte». «¡Reforma de las costumbres del pueblo! —añade Ortega— ¡Bendito sea Dios! Pero ¿no sabe el Sr. La Cierva que el pueblo es la porción de una sociedad no sujeta a la moda, de alma sagrada milenaria a quien han cortejado tan castamente todos los grandes políticos, porque sabían que nunca pierde del todo su virginidad? ¿No sabe que es el pueblo justamente la costumbre que tienen las mismas costumbres, en oposición a las aristocracias, masas periféricas, movedizas, que van y vienen sobre los mares étnicos según el viento caprichoso que sopla?» Ortega roza, en forma distinta, el tema de lo que Unamuno llamaba, con expresión equívoca, «intrahistoria», pero sin intentar en ninguna medida sustraer el pueblo a la historicidad, sino tratando de descubrir su condición peculiar. Por ello, el invento de reforma de las costumbres le parece una liviandad, una inmoralidad, que no respeta la realidad de las cosas, en este caso la realidad que es un país.

¿Cuál es el sentido de este artículo, tan serio y energético, frente a lo que nos puede parecer hoy «materia parva»? He insistido largamente en él porque me parece una de las claves de la posición de Ortega. Siente que está en juego algo decisivo, y se dirige a los *intelectuales* en nombre del *liberalismo* para que velen por la realidad española. «Yo invito a los *intelectuales* para que, superando un falso buen tono que les mantiene apartados de los problemas públicos, se conozcan obligados a renovar la posición liberal y con ella el liberalismo, bello nombre que ha rodado por Europa y que, por una ironía de la musa gobernadora de la historia, vino a salir de nuestra oscura tierra. Aunque yo crea que el liberalismo actual tiene que ser socialismo, vengan vibraciones liberales en la melodía que gusten; ellas tomarán ritmo dentro de la gran armonía de nuestro renacimiento cultural. Bien merece ser seguido el ejemplo que D. Miguel de Unamuno nos ofrece con su enfogado misticismo liberal. En cambio, en la real orden de La Cierva, Ortega cree ver la inspiración del testamento de Richelieu, «pauta del absolutismo, donde hay un capítulo que se titula: *Jusqu'à quel point on doit permettre que le peuple soit a son aise*».

Esta actitud de Ortega resulta más clara si se tienen presentes dos artículos muy próximos, de enero y febrero de 1908, sobre «Las dos Alemanias» y «La solidaridad alemana». Son dos enfoques sumamente críticos de la política germánica y, sobre todo, de los supuestos sociales que descubre. «Alemania —dice Ortega— ha mostrado al través de toda su historia la incapacidad para formar una unidad cultural; esa íntima armonía, ese estilo único que da a todas las manifestaciones de un pueblo en cada época cierta homogeneidad, ha faltado siempre a la raza germánica». Algunos tumultos recientes en Berlín obligan a Ortega a estas reflexiones para comprenderlos: «La nación —agrega— que envía al sur de Europa la corriente científica más poderosa que haya existido nunca, tiene en 1908 que andar a tiros en las calles para adquirir el derecho al sufragio universal». Ortega

se refiere a lo que en él es una constante, una obsesión opresora: la reforma del concepto que se tiene vulgarmente de cultura. Repárese en la fecha de esta preocupación en su pensamiento.

Lo que Ortega busca es algo que se encontró en la antigüedad y en la Edad Moderna, no —piensa entonces— en la Edad Media. En Grecia, dice, nos encontramos como en casa. «La vida allí tiene una dignidad, como tiene una dignidad la vida moderna. ¿Quién es el hombre digno? El hombre de ánimo armonioso, unificado; el hombre hecho de fragmentos nos parece de poco precio. El hombre íntegro es el hombre justo; un hombre grande es un carácter, o lo que es lo mismo, un hombre de acción una y constante». Si la historia de Francia es una perenne revolución, en el sentido del esfuerzo para restablecer la armonía política rota, la historia alemana es una perpetua Edad Media, es decir, Alemania no ha sido jamás una sola cosa, sino varias, por lo menos dos, irreductibles a una unidad superior. Ortega las llama la Alemania del filósofo y la del filisteo, del burgués. En las tierras del sur escasean los primeros, pero también los segundos; en Italia apenas hay solución de continuidad desde el gondolero veneciano o el vagabundo de Nápoles hasta el poeta épico y el hombre de Estado; en Alemania no hay mezcla, se mantiene la dualidad. «Afortunadamente no conocemos en España —agrega— nada que se semeje a la incultura, a la vulgaridad de espíritu, a la pobreza de energías de la Alemania filisteo. Desgraciadamente no tenemos ni sospecha de lo que ha traído al mundo y soporta ella sola, la Alemania del filósofo, del sabio, del pensador. Tan cierto es lo uno como lo otro y conviene que conste así. La antítesis sería inacabable. Alemania ha creado más grandes almas que el resto del mundo y, sin embargo, tengo para mí que el hombre alemán es el europeo de menos valor».

La misma interpretación se prolonga en el artículo sobre «La solidaridad alemana», título alusivo a la catalana de aquellas fechas. «Solidaridad es —precisa Ortega aclarando el sentido ocasional de este término— toda agrupación política de ciudadanos que renuncian a sus divergencias ideales para defender sus conveniencias económicas comunes». Se funda en el primado económico, y, aun siendo materialismo egoísta, usa «términos más bellos y espirituales, como patriotismo, interés de la raza, amor a la tradición, honor público, personalidad histórica, etcétera. Tal es el gesto digno y épico que toma la solidaridad cuando quiere que la llamen nacionalismo».

Ortega enumera los problemas que el canciller alemán —von Bülow— descubría: la «emergencia magnífica del socialismo», las exigencias de «la compacta grey católica y ultramontana», la mirada envidiosa de Inglaterra al «hinchido puerto de Hamburgo», el «tópico de la revancha» que Francia repite con más gusto literario que convencimiento. Hacía falta presupuestos enormes para la Marina, para dar el golpe de gracia a la perenne revuelta de los polacos, había que «embarcar al pueblo en una política colonial para la que faltaba todo impulso de tradición y sobraban escándalos recientes». «La patria —concluye Ortega—, como se ve, estaba en peligro, si por patria se entiende la utilidad de unos cuantos banqueros y la mayor gloria del emperador». Frente a la fuerza de católicos y socialistas, el canciller tiene la idea de recurrir a los restos del «glorioso liberalismo alemán». Y aquí llega lo más profundo y penetrante del juvenil artículo de Ortega, donde se ve hasta qué punto comprendió antes de cumplir los veinticinco años, y

exactamente otros tantos antes del triunfo del nacional-socialismo, el mayor riesgo de Alemania. Es menester citar el párrafo entero:

La suerte parecía dudosa, cuando surgió el secreto salvador, el *mot d'ordre* que acierta a concretar en sí la energía que abre todos los resortes de la gran masa. Se dijo que era preciso combatir el socialismo porque este partido no hace política práctica y se opone al bien de la patria. Habíase hallado el gran *tabou* para el filisteísmo alemán: *cuando en aquel país se llega a formular algo bajo las especies de un lugar común, está asegurada la victoria*. Cosa análoga, a decir verdad, acontece entre nosotros. Son acaso Alemania y España los dos pueblos donde mayor poderío tiene el lugar común. Pero con una diferencia que algunos interpretarán en nuestro favor. En España, al usar de él, lo ponemos como un cemento aislador, como un cojín para ablandar los choques entre nuestra persona y las de los demás conciudadanos; por falta de energía o de virtud lo dejamos pender a guisa de velo de Maya sobre oscuras realidades de segundo término, que nos ocasionaría demasiados enojos purificar o suprimir. Mas todo ello lo hacemos con conciencia de nuestro pecado: si algún consuelo nos pudiera quedar, réstanos esta última satisfacción de sonreír malignamente al mal que nos mata y de *repetir lugares comunes sabiendo que son majaderías*. En Alemania, empero, *el lugar común no es el velo tendido sobre una realidad sórdida y enemiga, sino la realidad misma*.

Salvo excepciones, los liberales alemanes «han renunciado al sufragio universal y prosiguen fomentando la mayor gloria del emperador». Ortega *piensa* que esto prueba «la menguada cultura política de los alemanes», y que en España *ya* no podría fructificar algo semejante. «Diez años de crítica dolorosa y examen interno han acabado de aguzar la conciencia nacional, de cultivarla. El nacionalismo significa la reaparición en atmósferas modernas de la 'razón de Estado', y ambas cosas suponen la barbarie y la incultura políticas». Ortega reivindica la antigüedad del Mediterráneo, y ensaya una imagen que va a repetir otras veces: «Las olas reverberantes del Mediterráneo, clásico constructor de repúblicas, han pulido en largos siglos el canto rodado de nuestro corazón, y quiso el destino que una tarde le rozara al paso la quilla llena de ovas de la barca de Ulises. Tenemos el corazón antiguo y memorioso». Frente a esto, los alemanes son niños, son de ayer, como advertía Goethe; por eso renuncian al sufragio universal y arrojan a los polacos de Polonia para repoblarla con hombres de Prusia. Cuando Ortega visitó brevemente a Alemania en 1935, después de un cuarto de siglo de ausencia, nos dijo a los que en aquel día éramos sus alumnos: «Lo malo es que los alemanes no tienen ironía: se embarcan en una idea como si fuera un transatlántico». Seis años antes de la *primera* Guerra Mundial, cuando aquellos que «resbalan sobre lo negro» creían a Ortega fascinado por Alemania, había diagnosticado con sobrecogedora clarividencia su más grave defecto y su peor tentación, el riesgo mayor de su destino.

JULIÁN MARÍAS